

KARINA BALLESTEROS

**CUENTOS
PARA REÍR,
RABIAR Y
ENAMORARSE**



**CUENTOS
PARA
REÍR,
RABIA
Y
ENAMORARSE**

KARINA BALLESTEROS

**CUENTOS PARA REÍR,
RABIA Y ENAMORARSE**

Índice

Cuarenta años, más o menos

Algo usado...algo nuevo

Los ojos del funeral

Mis dos identidades

Esta vez: ¡NO!

El asesino

Apuros

El despido

Cosa de niños

La llamada

Un sobre, un destino

Pantalla intrusa

CUARENTA AÑOS, MÁS O MENOS

Llegué al bar “El Tranquilo” muy nerviosa. Había dejado pasar unos lentísimos diez minutos para asegurarme de que mi cita tuviera que esperarme a mí y no yo a él. Este desconocido me había atraído desde el primer instante en que nos contactamos. La foto que lo identificaba me recordaba a un atractivo actor norteamericano: James Whither, Walker o algo así. Allí, mi cibernético pretendiente lucía bigote y me observaba sonriente desde un rostro parcialmente cubierto por un sombrero de cowboy y unos lentes Ray-Ban. Me había ido conquistando de a poco con palabras mudas pero cálidas. Su insistencia por comunicarse conmigo me había hecho sentir nuevamente deseada, aún cuando la mayoría de las veces que nos escribíamos yo estaba arropada en mi abrigadísimo salto de cama rosa y mis infladas pantuflas de lana, que me hacían ver más como una abuelita que como una femme-fatal. Hacía poco tiempo que me había inscrito en Match.com. Una amiga, que me había visto triste desde que dejara con mi novio, ocho meses atrás, y que había conocido a su actual pareja a través de Internet, me había alentado, una y otra vez, a incursionar en esta aventura. Yo siempre le decía que no. Sin embargo, una lluviosa y gélida noche de sábado en la que el sueño no venía y la T.V. cable se empeñaba en no conectar, me sumergí curiosa en ese espacio intangible de currículums maravillosos.

Luego de buscar por largo rato entre mis recientes fotos una en la que fuera y no fuera yo, encontré la que me generó un sinnúmero de admiradores virtuales. Segura de no poder ser reconocida en esa imagen y con el falso nombre de MIA, comencé a filtrar conquistadores. Luego de una rigurosa selección, quedaron tres. La coherencia y la educación de James (así me gustaba llamarlo, aunque en

su perfil rezara Alejandro Magno) hicieron que finalmente me decidiera únicamente por él. En un acto de confianza, le di una dirección privada de correo electrónico y comenzamos a escribirnos. A partir de allí seguimos haciéndolo por algunas semanas.

Dos meses después de nuestro primer contacto, resolvimos conocernos personalmente. Dado el vínculo que se había generado, parecía que estar frente a frente era el paso siguiente. Finalmente, nos diríamos nuestros verdaderos nombres y nos veríamos. No era tan importante, nuestros ojos con seguridad confirmarían lo que ya nos decían nuestros corazones.

Ingresé al bar. Recorrí con la mirada todas las mesas buscando un rostro parecido al de la foto de James. No lo hallé. Mis ojos de desconcierto se encontraron de pronto con las facciones sonrientes de un señor de unos ochenta años, esmirriado, pelado y de canoso mostacho que repetía, a modo de mantra, mientras me guiñaba un ojo: MIA, MIA, MIA. Mi primer impulso fue salir corriendo. Me sentí estafada. Sin embargo, como una autómatas, me acerqué a su mesa. Aunque había veinticinco centímetros y cuarenta años de falsedad, resolví, en una fracción de segundos, que conversaría con el alma que había tocado mi esencia durante sesenta días. Dos cafés después, me invitó a ir a Fun-Fun a escuchar tangos.

-Hoy no puedo- contesté, sin pretender que entendiera mi negativa.

-Dame tu teléfono-me dijo-y arreglamos para otro día.

-Dame el tuyo. Yo te llamo-repliqué, vengando su mentira con otra.

Alegre me lo dio. Me acompañó hasta mi coche y nos despedimos con un imperceptible beso en la mejilla.

En total desconcierto, volví a casa. Apenas me desplomé en mi cama, rompí en pedacitos el papel con el número telefónico recibido. Media hora después, eliminé mi perfil

del sitio de contactos. Cancelé también la dirección de correo electrónico que hacía de nexo entre James y yo.

Nunca sabré si tenía muy alta autoestima o era un delirante. De todos modos, nuestro irreal vínculo, me había hecho volver a la realidad de la esperanza luego de mi dolorosa ruptura amorosa. Pocos días después, me presentaron al que hoy es mi marido.

ALGO USADO... ALGO NUEVO

Por unos segundos mi mirada quedó enceguecida en el resplandor de los brillantes.

- Tenés que llevar también algo usado - me había recordado mi amiga Rosario.

El día de mi boda llevaría las caravanas de mi bisabuela paterna. Las había heredado hacía ya muchísimo tiempo, al igual que su nombre ante Dios el día de mi bautismo. Descansaban desde entonces en el interior de mi nécessaire rojo, que hacía las veces de disimulada caja fuerte, en el más oscuro rincón del placard de mi dormitorio. Mi abuela me las había dado varios años atrás.

Recordé que, desde que las había visto por primera vez, muchos fracasos sentimentales habían tenido lugar en mi vida. Durante años, había intentado, infructuosamente, descifrar el enigma de mis desamores. Tenía que haber alguna razón que explicara mi condición de imán irresistible de hombres inmaduros, mujeriegos y poco trabajadores. Algo debía explicar mi terca incapacidad para dejarlos ir, cuando en mí resonaba la necesidad de un vínculo sano con un hombre de características totalmente opuestas. Aún sin respuesta, finalmente, parecía que había encontrado al compañero indicado.

Me llevaba bien con Enrique. Era atento y amoroso conmigo, había nacido en la Argentina aunque hacía años que trabajaba en Uruguay. Sus hijos, fruto de su anterior matrimonio, residían en La Plata con su madre. Eran niños pequeños, por eso Enrique los visitaba con asiduidad. Nuestro intenso y apasionado noviazgo, de apenas siete meses, hizo que decidiéramos casarnos a pesar de que hacía tan poco tiempo que nos conocíamos.

Una semana antes de mi casamiento recordé lo que me había dicho mi amiga sobre llevar algo viejo, algo nuevo,

algo prestado y algo azul. Lo nuevo sería el vestido y lo prestado una pulsera de mi madre. En la gastada liga, que guardaba desde la boda de mi prima, cumplía con lo azul. Lo usado serían las caravanas de mi bisabuela.

- Ponete las caravanas para ver el efecto que producen - me sugirió mamá, mientras compartíamos una de las últimas pruebas de mi vestido de encaje marfil.

Me las puse. A pesar de su luminosidad, apenas tocaron mi piel, una extraña melancolía, aún más profunda de la que sentía desde siempre, tocó mi alma. Vi con total claridad el rostro dulce de mi bisabuela ya fallecida: sus ojos de cielo despejado me miraron desde algún lugar, mientras mis oídos creyeron escuchar su tímida risita. Sorprendida por mi extraña visión, me las quité de inmediato. Algo se recompuso en mí, aunque la desazón no me abandonó.

Esa noche, invadida por una curiosidad nueva, llamé a una tía vieja, la única persona más cercana a mi bisabuela que aún vivía. Necesitaba saber la historia de amor de mis bisabuelos. Lo único que conocía era que mi bisabuelo había fallecido el día antes que yo naciera y que yo me llamaba Carmen, como mi bisabuela.

- Sí, claro, claro. Te cuento lo que se rumoreaba cuando yo era pequeña. Carmen y Julián se casaron en Maracena, España. No sé bien cómo se conocieron. Él había heredado un establecimiento de productos porcinos que le daba buenas ganancias y le servía para mantener sus vicios de juego y bebida, como también a su esposa, a sus siete hijas y a su hijo varón. Julián era también bastante mujeriego y poco afecto al trabajo. Pasados los primeros tres meses de casados, volvió a las andadas. Con el correr de los años, el juego se tragó a todos sus clientes. Julián tuvo que hipotecar la casa en que vivía con su familia, así como los demás bienes que poseía. En una deuda de juego llegó a apostar a su propia esposa. Perdió. El ganador, confuso e impactado por su extraño premio, se dirigió a la casa de la

familia Barrancos a cobrarse la deuda. Su espíritu "timbero", pero menos ennegrecido que el de Julián, se conmovió profundamente apenas se abrió la puerta de entrada de la humilde residencia. Allí frente a él, sus ojos se encontraron con la mirada pura de una pequeña mujer que, rodeada de varios niños y con una beba en brazos, le obsequiaba una media sonrisa interrogante. El hombre no pudo articular palabra. Se dio media vuelta y partió, con paso lento y sin explicación alguna, compungido por la situación y tremendamente furioso con su contrincante. Le perdonó la deuda al infame, no por él sino por su familia.

- Julián no escarmentó. En busca de dinero fácil, se fue por unos meses a Nueva York. Con lo que logró juntar, no sabemos bien cómo, pagó los pasajes en barco para toda su familia con la que partió un día rumbo a América. Llegaron a Uruguay en 1928 en busca de una nueva vida. En Montevideo, Julián fue guarda de tranvía, mozo, peón. Su decadencia económica no le hizo perder las mañas. Ni la misteriosa muerte de María, la más joven, linda e inteligente de las hijas del matrimonio, lo hizo madurar a este hombre. Solo sé que María sufría de crisis nerviosas y que, en una de las tantas internaciones en un psiquiátrico, falleció cuando tenía diecinueve años. A los ochenta y uno, el corazón inquieto de Julián decidió detenerse. Como bien sabes, muy pocas horas antes de que el tuyo, que ya latía, irrumpiera en este mundo.

Quedé muda. No tenía idea de la azarosa vida de esta generación de ancestros. ¿Mi bisabuela Carmen, que yo recordaba como una viejita de ojos bondadosos, habrá querido decirme algo con sus caravanas? Sin comentarlo con nadie, contraté un detective.

Dos días antes de la ceremonia, suspendí la boda. El sabueso, pagado por mí, viajó a la Argentina. Allí, no le fue muy difícil descubrir que Enrique mantenía una relación informal con otra mujer. Bastó seguirlo durante unas horas,

en su última visita a su tierra antes de nuestro casamiento, para constatar su doble vida.

Creyéndose protegido por la distancia, no dudó en despedirse con un abrazo y un beso apasionados de una pelirroja en la puerta del edificio donde ella residía. Luego supimos que se trataba de una antigua compañera de trabajo. Me sentí muy dolida por un tiempo largo.

Poco a poco, la tristeza se fue transformando en calma. Fue desapareciendo con el correr de los días la melancolía que llevara conmigo desde niña. El efecto de la historia oculta de mi bisabuela sobre mi psiquis parecía por fin haber desaparecido. Me sentía diferente, como si por primera vez fuera realmente yo. También empezaron a aparecer un nuevo tipo de hombres en mi vida. No creo que fuera una simple casualidad.

Totalmente repuesta, un día decidí ponerme nuevamente las caravanas. Con ellas puestas, fui a comprar el ramo de rosas, las más blancas y las más lindas que encontré, y las llevé a la iglesia donde me bautizaron. Las consagré a mi bisabuela y a mi abuela, que también se llamaba Carmen y que, como buena hija mayor que tuvo que cuidar de sus hermanos más pequeños, fue la que más sufrió las consecuencias de los desmanes de su padre. Llevé también una rosa roja para Julián, mi bisabuelo que, en su inconsciencia, había dañado a las personas que más debía amar. Dejé un pimpollo color té en memoria de María. Nadie enloquece porque sí. No sé si fue mi imaginación o mi intuición, pero algo me hizo percibirla como otra víctima inocente de este hombre insólito.

Entendí que, además de tanto dolor escondido, las mujeres de mi familia me habían legado la esencia del alma femenina: amor, compasión y una inquebrantable fortaleza. Logré por fin hacer las paces con la intrincada trama de mi sagrado linaje. El delicado perfume del capullo rosa alilado que el florista me había regalado me volvió al presente. Sin darme cuenta, la bella flor se había deslizado para descan-

sar al pie de las otras, mientras cuatro pares de pupilas
cómplices me sonreían, augurándome mi destino siempre
anhelado.

LOS OJOS DEL FUNERAL

Sorprendente la transformación de esas pupilas. La había seguido hasta el baño. Allí, bajo una mortecina luz que acompañaba la atmósfera de la sala velatoria que acababa de abandonar, fui silencioso testigo de la metamorfosis de esos ojos jóvenes y femeninos tan cautivantes. Los que todos habíamos visto como dos receptáculos de un profuso manantial de tristezas, se convirtieron, bajo el asombro de mi imperceptible presencia, en un par de relucientes monedas de oro. La boca, que en la habitación contigua se desfigurara de dolor, reflejaba en el diminuto espejo del baño una sonrisa de satisfacción que jamás hubiera imaginado unos segundos antes.

- ¡Por fin se murió este idiota! - la oí decir entre dientes, mientras la observaba a prudencial distancia.

Me alejé de allí invisible para esa extraña tan ensimismada en sus propias emociones. Cuan zombi, entre la gente y en total desconcierto, me acerqué al cajón. Observé ese rostro que no tenía más de cuarenta años. Junto al féretro, un par de pequeños niños, uno a cada lado de su madre, intentaban ponerse en puntas de pie para depositar en el pecho sin vida un par de rosas blancas.

- Digámosle adiós - escuché murmurar a la señora con una dulzura indescriptible.

Recorrí los tres pares de ojos. Los percibí transparentes, incrédulos, angustiados. Mi corazón se retorció lastimado.

El andar sensual, aún en el riguroso luto de la conocida mujer del baño, me impulsó a caminar detrás de ella nuevamente.

- Mañana daremos lectura al testamento - manifestó el atractivo profesional que hablaba ahora con ella en privado y en penumbras.

- Por unos meses mantengamos las formas. Pasado un tiempo, nadie se extrañará al enterarse de que

el escribano y la viuda se hayan enamorado. Es algo totalmente normal entre un hombre y una mujer de veinte y pocos años.

Dolieron más esas palabras que la puntada del día anterior en el estómago al ingerir aquel vaso de vino. Yo ya venía sospechando algo. Esa duda y la culpa que me acuciaba desde que había dejado a mi esposa embarazada de mellizos hacia siete años por mi secretaria me habían llevado, un mes atrás, a revocar el testamento. Este último documento, desconocido para todos salvo para el viejo escribano de la familia, obligaba a realizar una rigurosa investigación en caso de muerte inesperada.

- "Descansa en paz" - alcancé a escuchar de la boca del Padre Miguel mientras me alejaba lentamente a un recinto más luminoso.

MIS DOS IDENTIDADES

Faltaban apenas diez días para que yo regresara definitivamente a Uruguay. Hacía poco más de tres años que vivía en Estados Unidos. Había estado trabajando allí como secretaria en el Banco Interamericano de Desarrollo. Mi amiga brasilera, Georgina, dueña de la casa donde yo me alojaba, propuso una última salida con Elizabeth. Esta última, que compartía el “basement” de Georgina conmigo y era la más trasnochadora del grupo, decidió nuestro destino. Iríamos al “River Club”. Allí nos dirigimos mi penúltimo sábado en Washington, D.C.

Apenas acabábamos de ingresar en el fino club, se me acercó un hombre alto, de cabello y ojos oscuros y rasgos angulosos y armónicos. Tendría unos treinta años.

—Would you like to dance? — me dijo en un inglés con una pronunciación que me resultó algo extraña.

—Ok— dije yo encantada con su amplia sonrisa y, de inmediato, nos dirigimos al centro del salón.

La noche fue avanzando entre bailes y tragos. A eso de las dos de la mañana y, tal como habíamos acordado de antemano con mis amigas, Elizabeth se acercó para decirme que se iba. Ella debía estar el domingo a las nueve en un bautismo. A mí me esperaban varias valijas para llenar y despachar como carga, a primera hora del lunes. Por lo tanto, me despedí de mi pareja de baile que resultó ser iraquí. Georgina, que había intercambiado números de teléfono con un amigo de mi acompañante, hizo lo propio y nos retiramos.

Fueron pasando los días. Yo me iba convirtiendo en un cóctel de emociones y estrés cada vez más fuerte. Una tarde, cinco antes de mi partida, Georgina me anunció que tenía en su línea telefónica un llamado para mí. Atendí. Era Zaman, el iraquí del baile. Quería saber cómo estaba e in-